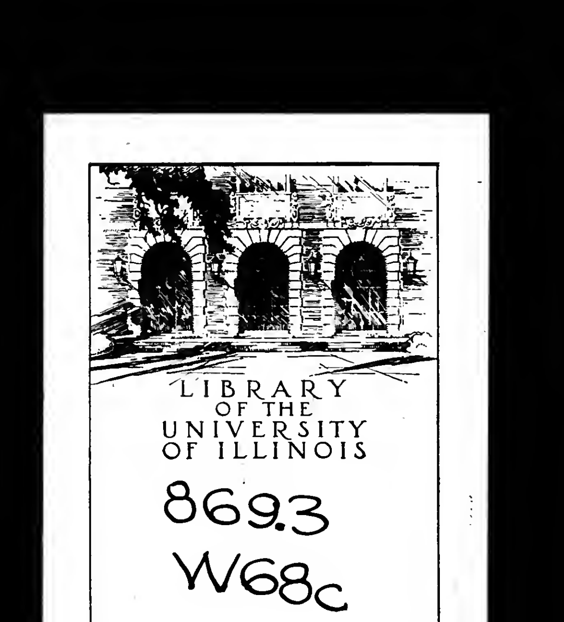
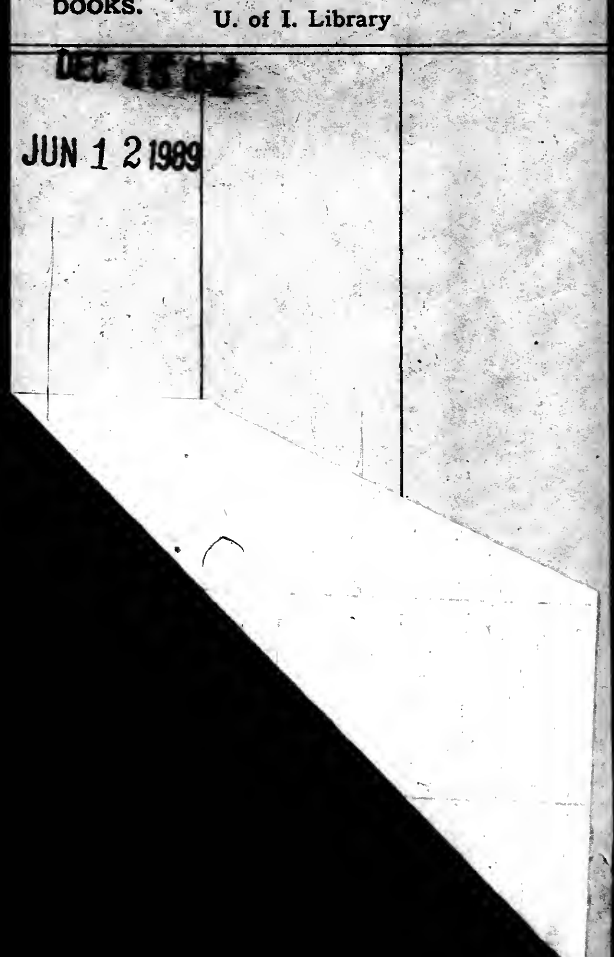

869.3
W68c


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.3
W68c


JUN 1 2 1989



CVENTOS

PARA LOS HOMBRES QUE SON TODAVIA NIÑOS • POR TERESA DE LA † ΔΔΔΔΔΔΔΔΔΔ



OTERO & CO., Impresores
PERÚ, 856/58 - Bs. Aires
1919

CUENTOS PARA LOS HOMBRES QUE SON TODAVIA NIÑOS

Wilms Montt, Thérèse (Teresa de la Cruz)

CVENTOS

PARA LOS HOMBRES QUE SON TODAVIA NIÑOS • POR TERESA DE LA † △△△△△△△△△



OTERO & CO., Impresores
PERÚ, 856/58 - Bs. Aires
1919

DEL AUTOR

Inquietudes sentimentales, (1.ª y 2.ª edición, agotadas).

Los tres cantos.

En la quietud del mármol.

Anuari.

Cuentos para los hombres que son todavía niños.

EN PREPARACIÓN:

El libro del camino. (Diario íntimo).

En la callejuela de la vida y de la muerte. (Novela).

PARA MIS HIJAS ELISITA Y SILVIA

e

DULCEMENTE.

Venid acá, hermanos. Sentaos a mi alrededor, quietecitos como criaturas de pocos años, y cerrando los ojos, así, suavemente, oídme que voy a contaros un cuento.

Quiero refrescar vuestros corazones escépticos, cargados de tiempo, tocándolos con la varita mágica de la Fantasía.

Abriré para vosotros la puerta de su templo. El pórtico es sagrado. Debéis atravesarlo llenos de unción y de fe.

T. de la †

MAHMU

MAHMÚ

Mi muñeca, fea, desgarbada y triste, es una figura soñada bajo la influencia del hachish.

Es de esas muñecas, que arrancan de los labios infantiles una risa acariciadora, y el mejor sentimiento de bondad a sus almas puras.

Los niños quieren a sus juguetes feos, los compadecen; presienten ellos que la fealdad es un defecto inexcusable en la vida...

Mi muñeca larga, larga, como el bostezo de un hambriento, se llama Mahmú.

Sus anchos pies están calzados por lindos borceguíes castaños; dos poemas de zapatero viejo, que al coser los botincitos hilvanó en ellos sus últimas ilusiones...

Apoyada en el espejo del tocador me mira la muñeca, con sus ojos de jirafa mansa, fijos y brillantes como si llorasen silenciosamente.

—¿Qué tienes muñequita mía? ¿Por qué se humedecen tus ojicos?

Pobrecita, la traigo a mi cama, apretada entre los brazos, le arrullo, le canto, juego con su cabecita, destrenzando sus sedosos cabellos color de avellana.

Mi Mahmú es la única figura que, como yo, se asemeja a un ser humano; la única que conoce mi soledad.

De tanto mirarla, en mi ansia de ser comprendida, he traspasado un soplo de entendimiento a sus miembros de trapo.

Me habla y dice: — Hace frío, ¿verdad?

—Sí, hace frío — respondo.

—¿Y no hay sol? ¿Dóndé estamos, Teresita?

—¡Ah muñequita! Este es tu país natal; no lo recuerdas porque al salir de aquí no tenías pensamiento. Reposabas muy tiesa dentro de una caja de cartón, acuñados los brazos con pajitas de arroz.

—Entonces ¿estaba muerta? — me dice con su vocecita nasal.

—Si, muñequita, guardabas frío silencio; eras el ídolo de muchas criaturas que vislumbraron tu carita en las vidrieras de un almacén. Tú esperabas, sin imaginarte, que manecitas infantiles vendrían a darte calor, animación.

—Entonces ¿tú eres una niña?

¡Pobre Mahmú! No sabe cuánto me duele su pregunta, ni se ha fijado que vuelvo la cara para que no vea mi angustia.

—No muñeca mía; no soy una niña. Las chiquillas no conocen las miserias, no han penetra-

do la vida, y tienen una madre que las besa protegiéndolas, como yo a tí.

Guardamos silencio, ella en su corazón de estopa, yo en el mío de piedra.

Nieva; el cisne, caballero del invierno, deja las heladas plumas de su pecho en mi balcón.

Yo pienso, recuerdo...

—Oye, Teresita — me interrumpe Mahmú — las otras muñecas ¿pueden hablar como yo?

—Si, Mahmú, las que han sido compradas para los niños.

—¿Cómo son los niños?

—Ah! tú no puedes imaginarlo, Mahmú. Ellos son poetas vírgenes, son sabios de frente tersa, sus miradas trascienden una dulzura que da ganas de llorar. Sí, Mahmú, las muñecas hablan por la boca de los nenes, y gimen y rien... Yo no sé por qué me apena decírtelo, pero tú has caído en manos de una juventud anciana. Mis ojos no pueden mirarte como esos ojos lím-

pidos, espejos del cielo, y lo que dice mi boca, es un doloroso remedo de aquello que hablan los niños.

¡Ah, los hijos! Habrá palabras para decirte cual es la incomparable felicidad que ellos regalan con sus besos al corazón de la madre; ellos son bondad, son fuente de pureza. Con sólo verlos brota del alma un acto de contrición, así como brotan espontáneas las flores bajo la caricia del sol.

Los hijos son el radioso lucero en la noche tormentosa de la vida. Si se van, o se mueren, jamás se les olvida; la ausencia y la muerte, no son capaces contra la gloria única de ese amor.

¡Ah, los hijos, los hijos!

—Teresita, tu voz tiembla, está húmedo tu rostro, ¿lloras?

—No muñequita, hace frío... nieva... hay un eterno invierno dentro de mi corazón.

Mahmú afligida se esconde entre mis brazos;

sus manecitas pequeñas, rellenas de algodón, resbalan suavemente por mi rostro, y me dice al oído con voz entrecortada:

—Teresita, yo te quiero tanto; Teresita tengo ganas de rezar...

TAMBIEN PARA ELLOS...

TAMBIEN PARA ELLOS...

Job, era el nombre de un modesto pollino que tenía por exclusiva tarea, llevar, desde el trillo al granero, las alforjas repletas de rubio trigo.

Estaba viejo el pobre Job. La carga y los palos que, sin mayor motivo, propinábale su arriero, le habían aniquilado. A pesar de todo, humilde, resignado, cumplía con su deber, pensando, allá en las tinieblas del calabazudo cerebro,

que su destino era morir, las alforjas sobre el lomo, durante el cotidiano trajín.

Como la providencia es maternal y a toda cuita da su alivio, sucedió que Job fué jubilado en repentino ablandamiento sentimental del amo. Era tiempo. Catorce años de trabajo asíduo, del alba al crepúsculo, bien merecían recompensa. Job se la ganó honradamente con abundante sudor de sus costillas.

Libre ya de penurias, nuestro peludo héroe fué llevado al potrero, donde serpenteaba, cual rayo de luna, un despreocupado hilo de agua.

Verdiño estaba el campo, mansa la pradera, y extendido manto de sedas flotaba en las faldas de la montaña.

Job abría grandes las fosas nasales, resoplando sobre las yerbas, aspirando sus frescuras.

Sus orejas se movían a impulsos de graciosos gestos, que él hacía para percibir mejor las notas bulliciosas de los miles de insectos que amenizan la gran fiesta estival.

Su hocico iba de un lado a otro, voluptuoso de golosinas vegetales, mordiendo sin método toda clase de malezas sabrosas.

Por fin se regalaba a gusto después de una vida de privaciones. Entre tanto halago recordaba el infeliz su juventud. "¿Fué acaso juventud la mía?", se preguntaba.

Nació hermoso. El cuerpecillo cubierto de rizada piel plateada, vacilaba sobre las delgadas patas.

Largas, derechas, las orejas amenazaban tocar los cuernos de la luna. Así se lo decía su honesta madre, una paciente burra de noria, en tanto que amorosa hacía el aseo del hijo, lamiéndolo tiernamente.

Cuando Job pudo comer cáscaras de patata, corteza de melones y otras blandas cosillas, brutales los arrieros arrancáronlo de la protección materna, y sin consultar su vocación, le pusieron al trabajo.

En su joven seso, no concebía Job seres desalmados. — ¿Por qué podían ellos existir si él era resignado y ante todas las vilezas doblaba su larga cabeza gris?

Pero había hombres crueles, pues él sentía que cargaban sus ancas con pesos que su cuerpecito endeble, de tierno pollino, apenas podía resistir.

Sufría mucho. Llenaban el corralón sus rebuznos doloridos. ¿Mas quién prestaría atención a un burro?

Al cabo del primer año de trabajo, su conducta obediente llamó la atención del mayordomo de la granja, y éste bautizólo, irónicamente con el nombre de Job.

También recordaba el cuadrúpedo las bromas de sus compañeros de establo; amargo sabor subía a su gaznate, volviéndole incomibles las jugosas verduras.

Una noche, después de rudo trabajar, ad-

virtió que su corazón se abría dulcemente al amor; también los asnos tienen corazón.

La silueta robusta de una hermosa yegua baya que pacía en los alrededores del establo, turbó su tranquilidad.

Espontáneo, lleno de entusiasmo acercóse el inexperto jumento al objeto de su inquietud y puso a sus patas la ofrenda de pasión. Más le valiera haber guardado su entusiasmo. ¡Infeliz Job! Como recompensa recibió un par de coces, viniendo a amargar sus recien nacidas tribulaciones, los rebuznos de insolente regocijo con que acojieron tan celebrado gesto los gaznápiros del corralón.

Desde entonces, el desengañado burro escondió sus sentimientos, dedicándose a rumiarlos tristemente, mientras hacía el camino desde el trillo al granero y desde el granero al trillo. Todo a su alrededor predicábale esperanzas. La campiña luminosa, inmenso racimo de

apretados trigos; los árboles donde anidan las voces del sol y de la vida, el collado quebrado en sombras, que se ofrece a las alturas celestes en holocausto de mieses aromadas.

Job no parecía oir ni gustar de nada: llevaba muerta la ilusión. Dicen los sabios, que a los burros les basta un desengaño para curarse de la fantasía.

El jumento aceptaba todo.—¿Qué es la resignación sino agonía de ideales?—Así, cuando Job se encontró libre de esclavitudes, experimentó alivio y dolor.

Erale angustiosa la libertad; sentía el cuadrúpedo la melancolía de un preso que en cadenas hubiese perdido la vista.

Estaba viejo. Jamás, jamás brotaría en su corazón aquel capullito que antaño le hiciera estrecemer de amor.

Vagaba ahora por sotillos y potreros, gustando sólo del alimento, como un anciano teme-

roso de soñar... Y sucedió que una de esas tardes de vagabundaje, vínole repentino deseo de aventura y echando la pena al lomo, salió a recorrer desconocidos senderos, sin volver la vista hacia atrás.

Caminaba deteniéndose a trechos, para ramonear en uno que otro árbol del sendero que tentaba con sus delicados cogollos su apetito de viejo. Perezosamente recorría un trayecto que lo llevaría no sabía adonde.

Después de mucho vagar, llamó su atención un punto que azuleaba sobresaliendo de los incipientes sembrados, y que se balanceaba donairoso al soplo del viento.

—¿Qué será aquello tan hermoso? — se decía Job — jamás he visto algo de igual belleza en la granja del amo.

Pausado el tranco, fuése allegando cautelosamente, temeroso de que el punto azul desapareciese.

—¿Será un pajarillo — pensaba — o será una flor?

Job tenía sus recelos al aproximarse, pues una vez quizo demostrar su gran admiración a una rosa y dióle un beso. Torpe debió ser la caricia, pues la flor, como creyéndose atacada, clavóle sin piedad en el hocico, su puñal de espinas.

Desconfiado, sigiloso, acercóse Job a la arrogante mata que mantenía erguido a los vientos el objeto azul que despertara su codicia.

Una gutural expresión de asombro escapó de su tragadero. ¿Estaría soñando? Si, aquello era un cardo de corazón azul.

Haciendo memoria, recordó nuestro burro la superficie del aljibe que, durante el día, mostraba en su espejo igual colorido al de la flor; color que según oyó decir cierto día a su arriero, era reflejo del cielo. Y el pobrecillo Job, que no sabía de latines ni entendía de cielo, creyó que un pedazo de ese cielo había caído para formar corazón a la flor.

Obscurecía lentamente, montes y pinos destacábanse recortados en el horizonte empalidecido. La noche empezaba a encender las estrellas de su cortejo.

Job cavilaba, embebecido ante el cardo. Dura complicación albergaba en su opaco cacúmen.

La cisterna quedaba lejos; ¿de qué medios se valdría para hacer la comparación entre el color de la flor y del agua, si no le era posible aproximarlas?

Nervioso husmeaba aquí y allá yerbas que no comía; su cola iba en desordenados giros sacudiendo las hojas vecinas. ¿Cómo haría él para librarse de esta curiosidad que le complicaba?

En movimientos de interrogación se le ocurrió levantar por primera vez su cabeza hacia los espacios.

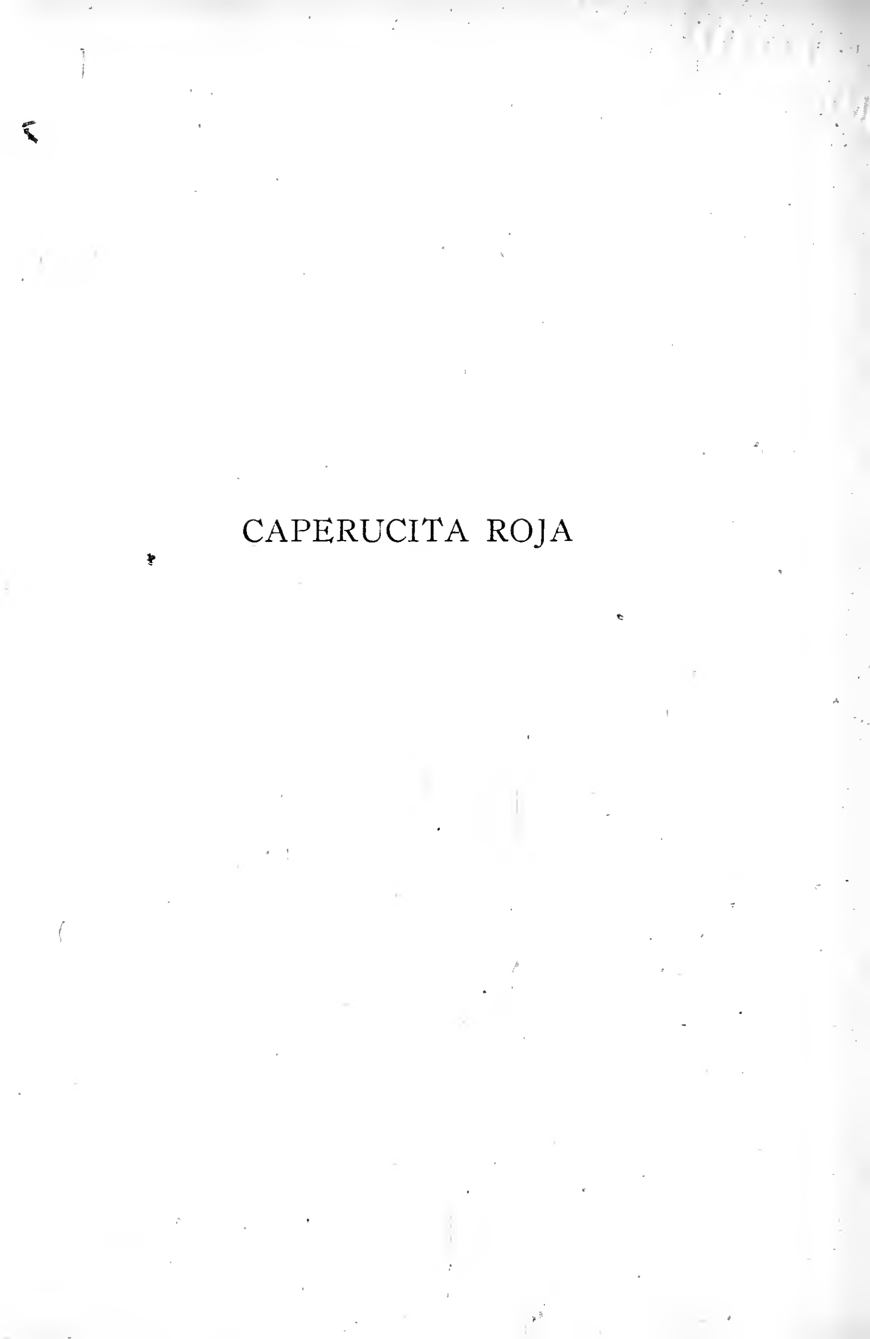
Job quedó suspenso. ¡Milagro de los milagros! la bóveda era azul y estaba toda, toda florecida de cardos.

*
* *

Job ya no recuerda sus tristezas, no sufre por su vida desierta.

Cuando sus semejantes, todavía esclavos, reposan bajo el techo del establo, él los abandona silenciosamente y se interna en las llanuras obscurecidas.

Allí, en medio de la quietud, alza sus ojos al cielo envolviendo en una extática mirada humana los fúlgidos cardos del campo azul.



CAPERUCITA ROJA

CAPERUCITA ROJA

¡Caperucita Roja!

¡Pobre muñeca rubia, cuya historia tanto hemos escuchado sin penetrar nunca la tragedia de su alma de flor!

Como ustedes saben, Caperucita era buena, pero curiosa. Amó demasiado la plática del lobo en la soledad del bosque, olvidando los buenos consejos de su madre. ¡Era tan melífluo el ladi-

no lobo! Sabía mirar tan hondo con sus ojos encendidos como ascuas.

Caperucita no pudo escapar de esa red hábilmente entretejida de sutiles encantos, y murió, triturado el corazón entre los dientes de aguja... ¡Pobre Caperucita Roja, frágil cosita de sueño! ¡Con qué pena debemos llorar la muerte de tu alma de flor!

*
* *

En un país cuyo nombre no recuerdo — de esto hace mucho tiempo, — vivía una señora viuda que poseía, como inmenso y único tesoro, una hija. Era la niña tan linda, tan blanca, tan rubia, tan suave, cual rayo de sol, cual copo de nieve; era ángel humano cuya carne fuese hecha de raso y pétalos.

La viuda adoraba a su hijita; ella correspondía a ese cariño con beata sumisión.

Caperucita debía su nombre al traje que

siempre vestía: una hermosa capita y gorro de color rojo, que sentaba a las mil maravillas en sus cabellos de oro y nacarada tez.

Cuando Caperucita cumplió quince años, hízole saber la madre todos los peligros a que se expone una criatura sin experiencia, y todos los agrados que trae consigo la conducta honesta y obediente. La niña, emocionada, prometió seguir las amorosas enseñanzas.

Como la viuda fuese pobre, ayudábala su hija en los quehaceres domésticos, dedicando sus momentos de recreo a las gallinas, a las cuales daba de comer migajas de pan, y regando las flores, cuyos tallos ostentaban su frescura en las macetas del balcón.

Caperucita, diligente, se levantaba con el sol; la cesta bajo el brazo, ligera y bulliciosa, salía a hacer compras. Eran sus andares rítmicos, armoniosos; había tal gracia en la redonda carita, que provocaba el piropo a cuantos la veían.

Ella, naturaleza humilde, bajaba los ojos ruborizada y sonreía como el más casto de los querubines.

¡Pobre chiquilla rubia!

Una mañana hecha de luz, de cantos, de perfumes, Caperucita, embriagada de sol, sintió la irresistible tentación de ir a bañar sus piececitos al río. El agua clara era su juguete predilecto. ¡Cuántas veces hubo de amonestarla su mamá para que retirase las manecitas casi yertas del chorro del pilón!

Caperucita tenía la peregrina ocurrencia de formar un collar con cuentas de agua que brillarían multicolores al sol.

Esa tan bella mañana, no pudo la chica sustraerse al deseo de llegar hasta el río.

—¿Por qué ha de enojarse mamá — pensó — si vendré a tiempo para hacer la comida? y si me atraso, no le diré nada. — Conforme con su atolondrada reflexión salió, el cestito al brazo,

La roja gorrita colgada a las espaldas daba libertad a sus rubios bucles, cuyas ensortijadas hebras flotaban desordenadas al viento.

Juguetona, corcobeante, esta cabrita nueva despojóse de sus zapatos y en un cerrar de ojos estuvo dentro del agua hasta las rodillas.

El río, quieto, quieto, murmuraba apenas un rezo al follaje; parecía dormido en su urna de cristal.

¡Qué rica, qué fresca burbujeaba el agua!

En ansia indecible de agradecer el dulce bienestar que le regalaba la corriente, inclinóse Caperucita hasta las ondas y les ofreció sus labios:

Fué tan musical el chasquido de aquel beso, como el ruído que al caer en el río haría una piedra preciosa.

¿Acaso no eran los labios de Caperucita, un corazón de paloma tallado en un solo rubí?

Inconsciente la chica en su felicidad, no había notado dos ojos como carbunclos chispeantes,

que la observaban detrás de una barca en la orilla opuesta.

¡Qué iba a notar ella el lobo!

Pero la humana fiera, estaba codiciosa de la imagen que se destacaba en medio de la brillante naturaleza, cual una esbelta flor primaveral.

De un brinco saltó a la barca, a espaldas de ella, y acercándose sin ser notado, la sorprendió con saludo amable impregnado de perfidias y de mieles.

—Buenos días, Caperucita Roja. Benditos mis ojos que te ven y mi corazón, que a tu sonrisa se adelanta.

—Buenos días, señor, — respondió azorada la niña, — ¿por dónde ha llegado usted, que no le he visto?

—La corriente me trajo hasta aquí; venía de pescar. ¿Te gustan los pececillos rojos, Caperucita? Son tocayos tuyos.

—¡Oh, sí! — respondió juntando las manecitas; y agregó tristemente. — Pero no se pueden pescar; son tan ligeros como los gusanillos de luz que echa el sol sobre el río cuando va a morir.

—Caperucita, ¿quieres pescaditos? Yo iré a buscarlos para tí. Mañana los tendrás.

—¡Oh sí! ¡Oh sí! — exclamó llena de júbilo; — traeré una tacita de porcelana para llevarlos a casa.

—¿Me prometes que vendrás — preguntó el joven tomando una de las inquietas manitas — y no dirás nada a nadie?

—¿Por qué no podría contárselo a mamá? ¡Se pondría tan contenta!

—No, tontuela; mejor es ofrecérselos de improviso.

—Tiene usted razón. Pero ya es tarde y debo marcharme. Puede notar mi madre que he estado en el río. Adiós, señor pescador.

—Adiós Caperucita, hasta mañana.

*
* *

Caperucita trabajó aquel día más contenta. El gorjeo de sus cantos subía hasta anidar en las madreselvas que tapizaban los viejos muros de la casuca. La viuda, embelesada, escuchaba empapandò su alma en la dicha del tesoro.

No sabía la madre el secreto que aleteaba dentro del pecho juvenil, como pajarillo travieso que le hiciese cosquillas.

A la mañana siguiente, Caperucita volvió al río, pero llegó a casa sin los peces.

No obstante, continuaba en su garganta el arrullo de la alegría.

El lobo, el terrible lobo, ya había destilado en su vida la venenosa gota verde de la esperanza.

Sin que lo notase la señora, volvió la chica muchas veces al río. Continuaba vacía la tacita de porcelana que había de guardar los pececillos.

Y los días pasaban, rápidos cual flechas a través de rayos lunares. Y así transcurrió un año.

Caperucita seguía cantando; pero un oído que fuese atento habría notado la tristeza de esas canciones. Además, la niña palidecía.

¿Qué tenía la dulce Caperucita? Ah! estaba enferma de ese terrible mal cuyo verdugo mata martirizando lentamente con sus garras sedosas y finas.

Caperucita amaba...

Y fué una noche, una noche de viento, de obscuridad, de tormenta, cuando la niña aprovechando el sueño de la madre abandonó el hogar, sin un gesto de piedad para ese inmenso dolor que dejaba dormido confiadamente.

El lobo la había hechizado hasta hacerla olvidar los más sagrados sentimientos.

La madre enloqueció de pesar al verse impotente para encontrar el perdido tesoro.

¿Y ella? — me dirán ustedes. — ¿Ella, qué fué de la pobre Caperucita?

Cuentan los pescadores de aquel país, que una tarde, cuando venía el río revuelto, encontraron cerca de unos matorrales el cuerpo de la desdichada.

Estaban desencajadas sus preciosas mejillas, y aun conservaba las manecitas estrechamente unidas en gesto de imploración.

Una gran herida dejaba descubierto el corazón de donde manaba sangre roja, tan roja como sus labios que triunfaron de la muerte en un regio color de rubí.

Desde entonces todas las mujeres llevamos el corazón cubierto por una caperucita roja de nuestra sangre. Porque todas hemos sido heridas por el lobo de ojos brillantes, de gestos graciosos, de palabras melífluas...

A LA VERA DEL BRASERO



A LA VERA DEL BRASERO

Frente a mi incensario que deja escapar por las bocas de bronce el humo del sándalo, me he puesto a recordar...

Este humo, perfumado y azul, evoca mi juventud a la vera del brasero tradicional de mi tierra; del viejo brasero que posee el secreto de los siglos; el de las buenas abuelas, el cariñoso

brasero que hace pasar las mejores noches a los nobles y trabajadores huasos de Chile.

Me visita el espectro de mi madre que, sobre todos mis recuerdos, sonríe, toca mi frente con sus dedos de niebla y desaparece...

Entonces tenía yo diez años y era la segunda de seis hermanas.

Decíase que éramos bonitas y nos llamaban "las ondinas del Rhin", por nuestra larguísima cabellera rubia y nuestros ojos de turquesa.

La mitad del año vivíamos en la capital y la otra, la pasábamos en alguna de las fincas de mi padre, lugares fértiles y hermosos, internados en la región del sur.

Cuando se aproximaba la primavera, las seis criaturas de salón, correctas y puntillosas, familiarizadas con la historia griega y romana, conocedoras de cuatro idiomas, volvíanse pequeñas salvajes, faltaban el respeto a las rígidas institutrices y aturdían a la indulgente madre con parloteo bullanguero de aves americanas.

—¡Qué bien nos vamos a divertir en el campo!

Yo, la más soñadora y fantástica de todas, provocaba la risa de mis hermanas con mis salidas románticas, en medio de una vulgar reyerta sobre la propiedad de una fruta o de cualquier baratija de nuestros juguetes. Esto me valió apodo de "loca" que me prodigaban en coro.

Me embelesaba pensando en los lindos cinturones y pulseras que haría de las tornasoladas pieles de lagartija; buscaba en la imaginación dibujos que ejecutaría, a la manera de los indios, con las blancas semillas del Achiray, y, encerrada en el escritorio de mi padre, las manos negras de tinta, no dejaba un papel ni tapa de libro sin una de mis producciones cubistas o futuristas.

El campo tenía para nosotros, además de los árboles, donde trepábamos como urracas, y del lago que el atardecer doraba, la atracción de los cuentos.

Trágicas y deliciosas, aquellas noches que pasábamos a la vera del brasero, en la choza del primer capataz.

Oíamos con devoción las leyendas macabras de ánimas en pena y de aparecidos en los largos caminos obscuros.

Nuestros padres nos enviaban a la cama a las ocho de la noche; nos despedían con un tierno beso, sobre la frente, y el dulce estribillo maternal de "Dios te vuelva una santita".

Las tres mayores teníamos el dormitorio próximo al de la vieja criada, en cuyas manos estaba depositada toda la confianza de la casa.

Sabina nos había visto nacer. Treinta años antes, fué ella quien llevó a nuestra madre para que recibiera el agua del bautismo, y eso era su mayor timbre de honor. Las llaves de la despensa, del granero y de la bodega, colgaban de su cinto atadas al cordón de Santa Filomena. Las ostentaba orgullosa, como un soldado sus conde-

coraciones. Cuando Sabina hablaba regañando, amenazaba tempestad en la cocina, y las sirvientes jóvenes apresuraban sus tareas, tratando de ocultarse ante los ojos investigadores del ama.

Sabina nos inspiraba cariño y admiración. Pensábamos: ¡Qué honrada es! Tiene bajo sus llaves todas las cosas ricas: galletas, caramelos, azúcar, vino, dulce, y no toca nada. ¡Sabina es una heroína digna de figurar al lado de Juana de Arco!

Comparaba la voluntad de Sabina con mi debilidad. ¡Oh, si hubiera yo cargado por un momento con las preciosas llaves de la despensa! ¡Qué soberbios atracones de dulce; qué largos tragos de vino de Misa! Sólo de imaginarlo sentía en la garganta un cosquilleo que me daba ganas de gritar...

Cuando nuestros padres se retiraban a la alcoba, después de leer los periódicos y jugar dos vueltas de brisca, nosotras, "las tres grandes",

como solíamos llamarnos, despreciando a las menores, nos íbamos en puntillas a la pieza de Sabina, y allí, con voz cariñosa y tono suplicante, le pedíamos nos llevase a casa del capataz, para oír un cuento y tomar mate.

—¡Llévanos, Sabina! Seremos buenas. Te ayudaremos mañana a recoger los huevos en el gallinero y a desenterrar rabanillos en la huerta para el almuerzo de papacito.

—¡No, niñitas; no, soles! Miren que nos puede sorprender mi señora y me retaría. Ya saben ustedes, palomas; a ella no le agrada que salgan de noche: pueden resfriarse.

—¡No, Sabina! — implorábamos con voz persuasiva. — Es verano, hace mucho calor; fíjate, estamos transpirando. — Y para hacer supremo el argumento, besábamos cucañeras las bronceadas y redondas mejillas del ama.

—Bueno, pues, vayan a ponerse abrigo y ¡calladitas!; ni una palabra a *naiden*...

Sabina cogía un gran pañolón de vicuña y se embozaba en él; desprendía el rosario de la perilla del lecho, y después de besar el crucifijo, lo deslizaba en el gran bolsillo de su delantal de tela azul a cuadros blancos.

—¿Está lista la comitiva? — preguntaba Luz, mi hermana mayor.

—Sí, sí, vámonos ligerito para estar más rato, — respondíamos en coro.

Salíamos, una por una, reteniendo la respiración. Ibamos tan ondulantes, bajo nuestros mamelucos blancos, que tomábamos apariencia de gigantescos gatos a quienes les hubiese dado el capricho de bailar en el arabesco que dibuja en las arenas el fulgor de la luna.

Leal, el perro guardián, era cómplice de nuestras escapadas. En cuanto nos veía, se arrimaba a nosotros, lamiéndonos las manos y azotando nuestras capas con el vaivén de su alegre cola.

—¡Chut, Leal, despacito! Que nos puede oír mamacita, y entonces... se acabó la fiesta!

La casucha del capataz quedaba tres cuadras de las casas. Se llegaba a ella por una avenida de álamos que separaba a un trigal de un potrerillo de alfalfa.

Ese trayecto lo hacíamos corriendo y saltando, envalentonadas por las risas de Sabina y protegidas por la noche.

Seguras de que mamá no nos vería, aprovechábamos en disfrutar de todo lo prohibido.

Quitándonos las capas, nos echábamos a rodar sobre el trigal, aplastando las espigas y espantando las perdices que allí anidaban. También jugábamos a las escondidas con Leal, que, al sorprendernos, se volvía implacable contra nuestros fundillos.

Eran de ver las cavilaciones de mamá cuando la institutriz le llevaba esa prenda de vestir, pidiendo género para remendarla.

—Pero si estos mamelucos son nuevos, Miss Ketty. ¿Cómo es posible que los rompan

así? De seguro que estas niñitas riñen en sueños con las fieras... — decía nuestra buena madre.

—¡Basta palomas! — Así daba la voz de alarma Sabina. — Vámonos niñas, que se les puede pegar en las ropas uno de esos cucarachos venenosos, y picarlas.

Ante el terror que nos inspiraba el famoso insecto — que tomaba en nuestra mente dimensiones de buey, — como movidas por un resorte, nos escapábamos del trigo, rogando a Sabina nos mirara, y tirándole una del pañolón, la otra del delantal, la arrastrábamos al claror de la luna para que nos examinase bien.

—Ya está; si no tienen nada. Vamos luceros a casa del *compaire;* puede que tenga pan calentito y matecito de leche...

Tres golpecitos a la puerta de caña, y ésta se abría, mostrando en el umbral al primer capataz, un "roto" alto, fornido, vestido de una manera llamativa y pintoresca.

Ajustaban sus pantorrillas pantalones angostos, como cosidos en las piernas, y desde el cuello hasta las rodillas colgaba el clásico poncho chileno. Los botines amarillos, con tacones altos y puntiagudos, tenían la forma de una pequeña barca de río. Adheridas al calzado, dos espuelas con grandes rodajas de plata, imitaban dos estrellas.

El sombrero de alas anchas y copa en forma de pan de azúcar, no tenía otro adorno que un cordón rojo con dos borlas y un barboquejo anudado bajo las mandíbulas.

—Buenas noches mis señoras, pasen ustedes, que yo muy contento de tenerlas por acá.

—¡Oye Matea! — gritaba para los interiores de la casuca; — aquí está la *comaire* con las amitas. A traer panecillos frescos y carbón para avivar el fuego del brasero.

Después que Matea pasaba un trapo sobre los asientos, unas banquetitas de bejuco, blandas

y limpias, nos acomodábamos a la vera del amoroso brasero, donde invariablemente, a cualquier hora del día y de la noche, hervía agua dentro de un gran cacharro.

—Cuéntenos un cuento, Anacleto; a eso hemos venido. Estamos locas por oír ese del animita de aquel pobre arriero que mataron hace tres años aquí, detrás de su casucha en la avenida de las palmeras.

—Su merced misia Lucesita, — se dirigía a mi hermana mayor, — con su venia va a ofrecerle este humide huaso el primer mate e leche.

Y haciendo reverencioso saludo de gran cortesía en el campo, con mucho ruído en las espuelas, Anacleto alargaba el mate que temblaba en su mano rugosa tostada por el sol.

—Gracias, Anacleto; cuéntanos ahora el cuento que te pedíamos.

Sentábase el huaso, muy serio, y después de

hacer la señal de la cruz, cosa que nos infundía pavor, empezaba.

—Este que era mi *compaire* José arriero de este fundo *trabajaor* y *honrao*. El solo se había hecho unos cuantos realitos porque *aemás* de lo que ganaba en las mulas, había *plantao* una chacrita con *maizal* y *too*.

Le iba harto bien a mi *compaire* en el negocito y *en dei pu iñor, tar vez* por eso, le tomaron entre ojo *argunos* pícaros sin alma; y una noche que José venía por esta *júnebre avenía,* le salió un *bandío* y le rajó el corazón de una *puñalâ.*

Cayó muerto el *compaire "al tirito"*, tan *remuerto* que aunque le llevaron al *hespital* y lo vió el *méico* con unos aparatos, fué *inútir;* no abrió más los ojos.

Pobre *compaire;* yo lo ví al pobrecillo y me dieron unas ganas de buscar por cielo y tierra al *malvao mataor,* pa hacer tripillas con él y dárselas después al perro.

Pero *na;* nunca *e* supo *na* y eso que se metió la *polecía.* No dieron con sus rastros.

¡A ver Matea, — interrumpió el huaso, — tráeles pan a las *iñoritas* sus mercedes, tú *sabís*, como les gusta *er* candial.

Nosotras mirábamos la cara de Anacleto con los ojos espantados, redondos como platillo.

Un pequeño escalofrío nos recorría la espalda, y de vez en cuando, mirábamos la puerta creyendo que alguien nos iba a tirar del pelo, o una mano fría a posarse sobre la nuca.

A pesar del miedo, nos engullíamos el panecito que nos sabía a cielo y con la boca llena, pedíamos a Anacleto continuara el cuento.

—Gueno *pu,* — decía éste, — ahora viene la parte fea, pero no se asusten mis amitas.

Espués que había *pasao* un año y se cumplía el *daniversario* del *compaire* José, una noche *escura* como un horno *apagao,* se le apareció al hijo de *ña Ufrasia,* lavandera del pueblo.

Se le apareció con el puñal *atravesao* en el *esquileto* con todos los huesos al aire y el corazón colgando. *Icen qui* era horrible el gesto de su cara. Venía de la montaña haciendo como que arriaba las mulas *pa* el potrero.

Er hijo de ña Ufrasia arrancó a perderse, "*patitas pa que te quiero*", gritando: ¡socorro!, y vino a caer a esta *mesmita* puerta que acaba de abrirse para sus mercedes.

Al *ruio,* Matea y yo nos levantamos y creímos en otro crimen cuando vimos al muchacho *tendío,* blanco como la harina.

Espués de friccionarlo por *entro* y por fuera con aguardiente, — *gastamo* mas *e* un litro *e* aguardiente del fino, *pu,* — porque *paese* que *er* susto le dió sed y cuando se alentó, nos puso al cabo de lo *ocurrío.*

Y se acabó mi cuento y "paso por una zapatilla rota" *pa* que *comaire* Sabina nos cuente otro.

Inconscientemente nos habíamos acercado a

Sabina y las tres, tomadas de la mano, nos aferrábamos al pañolón de vicuña.

—Vámonos, Sabina — decíamos temblando, — vámonos... pero que nos acompañe Anacleto; son más de las doce y es hora de trajín para las ánimas.

Salíamos silenciosas, apretadas unas contra otras, sin osar mirar hacia atrás, adivinando las luces de las velas que señalaban el sitio de un crimen a lo largo de la avenida de las Palmeras. Caminábamos ligero, tapándonos los oídos para no oír el silbido de las lechuzas y los gritos de los pavos reales que se desvelaban en el parque.

Cuando llegábamos a casa nos deslizábamos despacito bajo las ropas de la cama, cubriéndonos hasta los ojos y transpirando frío de terror, al escuchar el menor ruído.

Muchas veces nos acostamos las tres juntas. y entonces más valientes, osábamos mirar hacia la ventana, donde veíamos balancearse en un vie-

jo pino, el suave fantasma de la luna. Abrazadas nos quedábamos dormidas.

Frente a mi incensario, sigo recordando. Las brasas se han extinguido. Brutalmente el viento deshace la última figurita que formó para mi regocijo el humo perfumado.

EL RETRATO

EL RETRATO

—¿Qué es el dolor? — preguntó una vez un chiquillo a su madre.

—Qué dices hijito? — contestó ella, enarcando sus cejas en movimiento de complejidad y duda.

—¿Qué es el dolor? — repitió la criatura, alzando su vocecita de flautín, con el gesto mimoso de su boca rosada.

¡Oh santa ignorancia de las pasiones! ¿por

qué no anidas para siempre en la cuna amorosa del alma infantil?

Dejó la joven madre su labor cerca de la lámpara, que alumbraba tibiamente el grupito amable, y tomando al nene entre sus brazos, enternecida, le habló:

—¿Por qué me haces tan extraña pregunta, nene de mis entrañas? ¿Quién ha pronunciado a tu lado esa palabra?

Y la mamá, apretaba con sus manos largas desnudas de joyas, manos de monja o de mujer honrada, la fina cabecita.

—Mamita, me lo dijo la vecina, aquella viejecita que suele traerte flores para la Virgen.

Verás. Primero me preguntó por tí, con esa voz que parece estuviera siempre llorando. "¿Cómo está tu mamita, nene? ¿Siempre tan sola? Tienes que cuidarla mucho", dijo: Y después, suspirando, mientras yo jugaba con el gato en su puerta, ella hablaba sola y murmuraba: — Santa

de Dios, y dicen que hay justicia cuando en esa pobre alma parece que la tierra se hubiese ensañado. ¡Oh dolor, dolor!, exclamó tan fuerte la viejecita, que yo me asusté y vine corriendo.

—¿Decía así?.. — interrogó la madre, estremeciéndose en un impulso helado de su alma.

—Sí mamita, sí. Por eso te pregunto qué es el dolor.

Palideció la mujer; un gotear de lágrimas silenciosas rompió el cristal de sus ojos enigmáticos: ojos de iluminada y de bestia humilde.

—¿Por qué lloras mamá? ¡No quiero que llores! — gimoteó el chiquitín, acomodando su minúscula personita en el regazo maternal.

El chico miraba hacia la ventana donde se veía, a través de los cuadrados, caer la espesa obscuridad de la noche, como un presentimiento agorero en el silencio de los campos.

—Tengo miedo, mamita; tengo miedo.

—De qué, hijito mío?

—De tu llanto y de la oscuridad que veo desde aquí — y el chiquillo señalaba la ventana.

—No te asustes, nene mío, no es nada. ¿Quieres dormir?

—Bueno, mamita, — y la cabecita confiada, buscó el hueco blando de los brazos maternos.

La llama de la lámpara tenía el palpitar desmayado de un corazón enfermo. Colgado a los barrotes del lecho se balanceaba, imperceptiblemente, un negro crucifijo de ébano con sus brazos de plata, abiertos como alas lunares.

Las dos camas blancas, extendidas sin una arruga en las simples colchas, daban la impresión de que hubiese puesto en ellas las sonrisas de sus ojos la Madre de Dios.

Suspendido entre las cabeceras, relucía un marco acerado, sosteniendo en sus extremidades la imágen de un hombre:

Dulce la mirada, correcto el corte de la nariz, funesto el pliegue de la boca.

—¿Qué es el dolor, mamita?, — balbuceó debilmente entre sueños el hijito.

La madre nada dijo, pero sus dedos afilados se crisparon, y levantándose en un gesto desconsolado y rebelde, señalaron el retrato, donde reía y reirá siempre la eterna causa del dolor femenino.

¿QUIEN ERES?

¿QUIÉN ERES?

Una noche de esas noches cálidas de verano, en que todo el cuerpo se vuelve pulmón para respirar, buscando fresco, con la dificultad del que busca oro, me dirigí con paso lento a las afueras de la ciudad.

Después de mucho caminar y maldecir la temperatura, dí con un rincón a mi gusto. Era éste una hondonada en medio de un rústico jardín. Verde abajo, blando musgo, azul arriba,

incendio de astros, y como orquesta, una fuente deslizante entre las piedras.

Libre de inquietudes, suspirando de bienestar, despojéme de mis atavios, — ridículos atavios de moderno peregrino — y tendida de cara a los espacios, me dispuse a soñar, dormir o espantar los mosquitos, que es la diversión obligada de todo paseo campestre.

No lejos ranas, sapos, y otros molestos animaluchos, oficiaban sabatinas en el saxofono de sus gargantas, cobijados bajo la espesura de las plantas enanas. Pardos murciélagos dibujaban misteriosos círculos en el aire, y las luciérnagas chisporroteaban en la sombra, záfiros y esmeraldas.

Desnuda, la noche abanicábase en la corona de los árboles, lanzando a los cielos su respiración agitada. A sus pies, las rosas exhalaban el perfume de la tierra fecunda.

¡Qué beatitud seráfica dentro de mi ser! ¡Ah! ¡si llegué a creer que había muerto!

Adoro la noche que nos hace sentir la placidez del alma naturaleza; la santidad de tanto ser que vive más allá del pensamiento; y, como os decía, tal era mi paz interior, que imaginé había muerto.

Profundo fué mi letargo. No supe darme cuenta de si aquella voz que hablara a mi oído, era voz humana o voz de presentimiento. Comenzó así:

—Vengo desde muy lejos a reposarme y encuentro que has usurpado mi sitio. Pero no importa, quédate; desahogaré contigo, criatura mortal, el secreto amargo que traigo de mis andanzas por esos mundos de seres intangibles.

Presta atención — susurró la extraña voz. —Los hombres del siglo pasado me llamaron genio; si te acercas a mi fosa, verás sobre ella, la insignia del buho sapiente. No desdeñaron elogios; también leerás en las preliminares páginas de mis obras la palabra inmortal. — Sentí

que la voz se hacía irónica, despedazada. — Engreído en mis saberes todo penetré: ciencia, liturgia, mágia, química, física, poesía, filosofía. ¡Oh loco delirio de soberbia! creí que en mi cabeza la verdad encendía su tea. Me proclamaron apóstol, quemando ante mí ¡humano Icono! los inciensos y mirras destinados a los dioses paganos. Bajo el sayal de humildad, rebelde a la modestia, pavoneábase erguido mi espíritu fátuo. Infeliz de mí. Hueca estaba mi mente como espiga sin grano.

En el apogeo de este nefasto esplendor, llegó la inevitable. Irritada sin duda de tanta falsedad, de un solo tirón, despojóme de la mísera vestidura que ahora pudre entre laureles, allá en el rincón del campo santo.

Separado bruscamente del mundo de los hombres, contempléme desnudo ante los implacables ojos de mi conciencia. En un instante, la muerte habíame transformado en juez de mi pro-

pia causa. Tuve horror de ver tanta bajeza reunida; enrojecí, verguenza sentí de mezclarme con las otras almas errantes del espacio, y huí del fulgor de los astros hasta perderme en la nebulosa.

Interesadas mis compañeras en el fallo de mi conciencia, único árbitro de ambos mundos, siguieron mi vuelo. Yo me esforzaba por aventajarlas. Una de ellas, la más frágil de todas, comprendiendo la tristeza que me embargaba, me siguió llena de solicitud.

Al oir junto a mí el ruído de sus alas, apresuré la fuga, y de un solo envión me hundí en las frías sombras.

"Detente hermana, gritaba mi perseguidora, detente, alma temeraria. Esa región del caos donde te lleva tu fatal vuelo, está inexplorada. Grave peligro te amenaza. Por Dios, retrocede, Te lo suplico".

Como hacía poco había perdido mi humana envoltura, aun perduraba en mi los instintos, y movido de curiosidad le interrogué.

Afable, plena de gracia, respondióme:

"Vas hacia lo ignoto, hermana. Desde hace muchos siglos nadie ha penetrado el paraje donde diriges el vuelo. Hay en él algo inexplicable, en vano yo y mis compañeras hemos tratado de indagarlo; talvez ocultó allí el creador el arcano que rije los mundos; talvez sea la nada... No sé, no sé, pero no intentes penetrar la nebulosa..."

Yo escuchaba y en mi espíritu nacía una esperanza. Quizá encontraría en aquel sitio la expiación de mis pasadas flaquezas, ¡qué grande alivio! Sin pensarlo más, seguí avanzando en las tinieblas.

¿Cuánto tiempo estuve allí?, lo ignoro. El silencio me envolvía en fajas de hielo, iba petrificándome como pedazo desprendido de planeta muerto.

Desesperadamente trataba de luchar contra el sopor que embargaba mis alas, creí sucumbir. Jamás olvidaré aunque atraviese los siglos,

jamás, la dulce sensación que experimenté cuando una mano de mujer, mano blanda cual las blandas manos de las madres humanas, tomándome como un pajarillo entre sus dedos cobijóme en el tibio hueco de las palmas.

Luego, con una voz que no escuché tan armoniosa en los tiempos de mi juventud, me habló de esta manera:

"Paz, hijo mío, paz. Muy osado debiste ser en el mundo, cuando en esta región para ti desconocida te aventuras a tan arriesgadas empresas. ¿Qué te ha traído hasta mi solitario albergue? Después de Cristo no ha venido alma alguna a golpear mi puerta. Habla hijo mío, acaso seas el mensajero del mundo que ha tanto tiempo aguardo".

Nada respondí, inmenso dolor hizo inclinar mi frente.

"Ven apóyate en mi corazón, hijo de la tierra amada, yo calmaré la angustia que leo en tus ojos, te daré serenidad".

—Oh mortal, si tuvieses la inefable dicha de escuchar la delicia de esa voz, pasarías los tiempos de rodillas, sumido en éxtasis. Pero esa voz se escucha más allá de la muerte, y es sólo para aquellos que saben encontrarla.

No continuaré hablándote de esa noble mujer ella es modesta, las alabanzas hieren su oído.

Confiada, llena de fervor pasé entre sus manos los umbrales de una mansión incomparable. No creas que en ella había fastuosidad, tono aperlado velaba las cosas, que eran pocas. Había alli flores, las más humildes que nacen en la praderas, pájaros de todos los climas; libros, todas las obras modestas que en el mundo desdeñamos, y sobre una piedra de granito, abiertos los viejos brazos, un volúmen donde resaltaba profundamente grabado en letras de oro este nombre. *Salomón.*

Observando ella que fijaba mi atención en esa páginas cuya escritura y lenguaje no conocía, díjome:

"Este libro y todos los que ves en esta estancia, son de mi hermana menor que alberga conmigo".

—Ya puedes imaginar tú que me oyes, mi extrañeza al encontrar tan lejos de la tierra a esa criatura rodeada de cosas familiares, extrañeza que aumentaba al darme cuenta del interés no disimulado, que sentía por los habitantes del pequeño planeta.

Me interrogó sobre los asilos de menesterosos, de huérfanos, de idiotas; preguntóme por las ambiciones y afanes del siglo; pero, llegó al colmo mi estupor, cuando la vi entristecerse y dejar caer sobre su pecho la cabeza orlada de albos cabellos.

"Tengo muchos enemigos en tu planeta — díjome, suspirando. A los hombres les debo mis cabellos nevados.

—¿Cómo, interrumpí yo; cómo tu que vives tan lejos del mundo, puedes ser maltratada allí?

"Así es, — dijo ella, inclinando la frente. — No puedo explicarte, hijo mío; es demasiado doloroso, pero es así".

—Díme, te lo suplico ¿quién eres, misteriosa señora, que tan afable acogida me has hecho? ¿Por qué vives tan sola y retirada con tu hermana?

"Ella y yo estamos desterrados desde hace veinte siglos. Cuando se consumó la tragedia del Gólgota, escarnecidas por los hombres, huímos de esa inhospitalaria tierra".

"Pero — agregó, reprimiéndose, — no seas curioso, hijo mío. Harto has penado purgando tus vanidades, no quiero que sufras por las miserias de los que aún vagan engañados en el mundo".

—Gentil señora; dulce amiga, te estoy agradecido. Quiero saber a quién debo la paz.

"Sea como gustes, díjome severamente triste. Y plegando los labios en una sonrisa que di-

bujó un tenue reflejo de ironía, me susurró quedamente: Mi hermana es la Sabiduría y yo soy la Bondad".

Terminando su relato, sollozó la extraña voz de la aparición, y sin decirme adiós, se alejó pausadamente de mi oído.

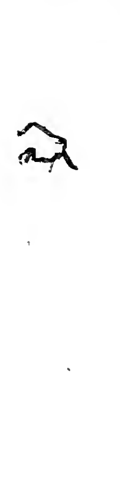
Me levanté de un salto; esas revelaciones hundiéronse perforando agudamente mi cerebro.

Cojí con precipitación mis atavios de moderno peregrino, y, sin mirar, salí al camino.

Interrogué a la noche en un afán incontenible de persuadirme que había soñado: ¿Es cierto que la bondad no existe?

Y llegó hasta mi la silenciosa respuesta, en la palidez de las estrellas, en el llorar infantil de la fuente, en el chillar siniestro de las aves nocturnas.

Cuál reina empuñando su cetro, apareció tras la montaña, la luna, torvo el ceño, roja de ira, castigando al mundo en un azote de sangre.





EL LEGADO

EL LEGADO

Este que era un hidalgo pobre, pero de justo y noble corazón.

En sus épocas de miseria, supo encontrar el medio de animar a su esposa y sonreir al tierno infante su hijo. Rechazó con energía los procedimientos poco escrupulosos de proporcionarse bienestar, prefiriendo tener un físico escueto por las privaciones; eso le daba mayor aire de señoría — decía, chanceándose — y su lema fué: "Hidalgo

honrado, antes roto que remendado". El severo varón era de ánimo dulce, incansable amigo del bién.

Vivió en la tierra de los hidalgos — ¿vosotros sabéis donde es, verdad, lectores? — Por allá en el año... tengo mala memoria, perdonadme, pero no recuerdo.

Sucedió que el asiduo luchar, encaneció sus cabellos prematuramente, y encorvó sus espaldas. A pesar de ello, jamás nadie observó en su rostro cetrino, la mueca de un disgusto. Proporcionaba sumo agrado al extranjero, estrechar esa mano flaca, ceremoniosa, que parecía un escudo de nobleza cuando para saludar, la apoyaba galantemente contra su corazón.

Crecía el infante a la vera de tan saludable sombra, repartiendo sus caricias entre la hirsuta barba del hidalgo, y los resplandecientes cabellos de su madre.

Era muy pequeño aún, cuando un traidor

encuentro con los moros arrebató la vida del afable señor, y a su vez la pena de esta ausencia eterna, apagó como un cirio los ojos de la madre.

Por mucho tiempo, los feligreses de aquel lugar, vieron entrar el mancebo al recinto de los fieles, llevando entre sus manos grandes ramos de lirios. Distribuía esas flores religiosamente sobre la losa donde, olvidados de la vida, dormían sus progenitores. Después de un fervoroso soliloquio, se retiraba el muchacho con paso firme, dejando la custodia de la fosa amada a los lirios, blancos pajes del silencio.

Como herencia sólo le habían quedado, el recuerdo del ánimo tesonero del hidalgo, y la sangre azul que circulaba en sus venas.

Dedicóse el huérfano al trabajo, haciéndose cargo de las fincas de un burgués. No era de su agrado este deslucido oficio. Sus sueños lo remontaban a épocas de guerra, haciendo resaltar en su mente episodios leídos en libros de caballe-

ría, donde se producían sangrientos encuentros y raptos de hermosas doncellas, que terminaban por enamorarse de los arrogantes enemigos.

Entregado enteramente a sus labores de campo, apenas el muchacho tenía tiempo para distraerse. La noche lo tumbaba rendido en el fresco camastro, sin otro deseo que cerrar los ojos, y dormir. Los domingos se allegaba a la fuente para recrearse, mirando las caras rozagantes de las mozas, pero no se atrevía a dirigirles la palabra, porque su carácter era excesivamente tímido.

Guardaba su salario intacto en el fondo de un carcomido arcón, con el paciente propósito de reunir una pequeña fortunita, para emprender un largo viaje. Al cabo de varios años, casi agotado por largas fatigas, se encontró poseedor de algunos maravedíes en oro, y pensó entonces, realizar sus ardientes deseos de rodar tierras. Cuando tuvo todo listo, suspendióse al cuello un

escapulario con la imagen de la Virgen de los Desamparados, colgóse al cinto la espada del hidalgo, y partió.

Los campesinos de la comarca viéronlo alejarse entristecidos. El muchacho era bueno; un coro de bendiciones lo acompañó en el camino. Al cabo de unos meses, como no tuvieron noticias, lo echaron al olvido, fiel compañero de los que se despiden.

*
* *

—Que si, que no, — disputan, en el umbral de una rústica vivienda, dos ancianas lugareñas.

—Que no, mujer, que no puede ser. Cómo quieres comparar a este hombre acabado, de andar vacilante, con el joven que partió hace cinco años; el otro era fuerte, trabajador, y este parece un mendicante.

—No discuta, vecina, sobre lo que no está

segura — respondió la más anciana. Reconozco al antiguo empleado de mi amo en este mancebo. Sus ojos eran azules como cuentas de aderezo; ahora están más turbios, pero es su misma mirada tímida.

—Ahí viene — exclamaron las dos en coro — ya sabremos a que atenernos.

Un hombre avanza por el estrecho sendero, un hombre, si es que así puede llamarse a la extraña figura que se acerca; ¿es el hijo del hidalgo? La flacura ha espigado su talle, y en el fondo del cráneo titilan los ojos, como próximos a extinguirse.

Camina sonámbulo, sin fijar la vista en los sitios familiares; su andar es débil, lleva la cabeza baja hasta tocar su pecho con la barba. Doblegado por el peso de un gran abatimiento, busca refugio en la tumba de los padres, tanto tiempo abandonada.

—Perdón, padres míos. He venido arras-

trándome a buscar el calor de vuestros recuerdos, cuando nada me quedaba de pureza.

Mi alma está pobre, pobre, más que el lazarillo del mendigo, y hay tanta tristeza en mi interior como en un campo desvastado. Tronché con inquietud febril, todo lo bello que salió a mi encuentro, mancillé ilusiones, destrozé el alma que me ofreció un amor sencillo, hurgué en el vicio, y en su charco dejé mi sana juventud.

¡Ah si pudieráis ver lo enfangado y harto que está mi espíritu, no me maldeciríais, muertos míos!

Sólo me resta terminar la obra destructora... Al decir esto cruzó en un azote negro la frente del mancebo el látigo del misterio.

Largo rato estuvo caviloso, apoyado en el muro del templo. Luego, como saliendo de un sueño, cogió el ancho sombrero caído sobre las losas y salió del recinto, tambaleante, pesaroso en dirección al camino que llevaba a la montaña.

Sus manos fuertementes oprimidas contra el pecho, trataban de sentir la última caricia pura, la caricia de la Virgen de los Desamparados, que colgaba a su cuello. Acercándola a sus labios, puso el beso desmayado de su alma en la imagen bendita, y en un impulso desesperado arrancó de su cinto la espada del hidalgo, para atravesarse el corazón.

Pero el viejo puño de bronce cedió, abriéndose en dos, y cayó de su hueco este amarillento pergamino.

A Gonzalo de Lara

"Hijo mío:

Guíame al legarte estos consejos un sentimiento de humanidad, y el propósito de volverte un caballero serenísimo, dueño de tus pasiones y de firme voluntad, como tal debe ser el hombre



que hereda el linaje de tu padre, y de tanto valiente antepasado.

Estas líneas, trazadas por la mano de un anciano, mano impregnada en la experiencia del combate por la patria y por la vida, te darán, fortaleza en horas desfallecidas, y reconforto en tus instantes de amargura.

Comenzaré por advertirte, hijo mío, que del camino que tomes dependerá tu felicidad. No vayas de prisa por la vida, observa con ojos profundos todo lo que te rodea, aprende a extraer del mal que te acecha, el fruto que es el bien. Si logras establecer una estrecha amistad con tu espíritu, no te exasperarán las sañudas e inflexibles dificultades que fatalmente esperan en mitad de la ruta, para hacer tragar al hombre el agrio polvo de que fué hecho.

Quiero hijo mío, que formes para tu culto, un ideal fuerte, cuyas raices estén firmemente atadas a la belleza de tus sentimientos.

Cuídate de todo lo que reluce, el exceso de fulgor, es el mejor medio para dejar la mente en tinieblas.

Me es un deber prevenirte, no tengas muchos amigos; ten presente que *cuando el diablo reza engañarte quiere.*

No des gran importancia a los seres humanos, ayúdalos siempre, consuélalos cuando puedas. Tampoco tomes estrictamente los consejos y alabanzas. Los primeros, rara vez son desinteresados; las segundas, son armas definitivas para lograr un propósito. El hombre es suceptible de engañarse. Me parece acertada la comunión con la naturaleza; ella es fuente insondable de sabiduría; si te fijas bien, encontrarás en sus gestos la enseñanza que precises para allanar tus dificultades.

Observa también a tus inferiores; en más de una ocasión te servirán ellos de provecho. Nada hay bajo el sol que no encierre un ejemplo.

No huyas el sufrimiento, hijo mío, antes bien búscalo, sólo asi alcanzarás serenidad. Tú, con tu propio esfuerzo, debes de horadar el duro lecho de piedra donde ella se enconde.

Las primeras decepciones preparan para la lucha futura, son el nervio de la energía.

Todo ser lleva un tesoro dentro del corazón. Guarda el tuyo, hijo mío. Cúbrelo con tus dos manos formándole una defensa; no permitas que aquella larva venenosa, incansable perseguidora de la juventud, escoja en él su guarida.

Acrecienta ese tesoro enriqueciéndolo en bondades, como la hormiga provèe de alimentos su cueva de invierno. El te dará pan moral, más tarde, cuando solo y dolorido te haya botado en la playa de la vida, el fogoso corcel a cuyas crines va asida la inconciencia.

Abandona el camino por donde vayan tus hermanos ataviados de relumbrantes oropeles, fantochesco ropaje, con que cubre sus miserias la

hueca farsa humana. Viste de peregrino, hijo mío, y golpea rudamente con tu cayado en la roca interior, hasta que brote el agua limpia del bautismo, agua donde deleitada, bajará a saciar su sed de bien tu alma.

Adelante, y no desmayes, pon tu frente vuelta hacia los astros, y tu corazón descubierto a los malos y buenos vientos.

Acoje en tu seno al desgraciado, tiende tu diestra al que te injurie, no rechaces las benditas penas que enseñan y redimen.

Entonces, sólo entonces, hijo mío, recibirás la sagrada palma que te envía el Omniscio Señor de todos los mundos y justísimo tribunal de las alturas celestes.

Paz te desea

Tu padre".

*
* *

Cuentan las crónicas de aquel país de hidalgos, que ha muchos años, fué encontrada en lo espeso de las montañas una cueva sombría.

Dentro de ella, respetado por los siglos, dormía un ermitaño el sueño eterno. Su faz alargada por los ayunos, era la imagen misma de la serenidad.

Guardando el olvido del severo asceta, echado a sus pies, con las crines rebeldes y el mirar tranquilo, custodiábalo un león.

CONFESION

CONFESION

Ven acá, tú anciano, que ahora fijas los opacos ojos en mis páginas; para tí sólo, voy a contar el último cuento.

No desconfies de mi narración, y si ella te apena, te ruego ¡oh anciano! te ruego no llores.

Serás indulgente con la princesita de mi cuento lo sé; porque ya veo en tus párpados el anuncio del sueño que te llevará a dormir en la gran cuna hospitalaria, hermana de aquella otra

de marfiil o de pino, donde te recibió, hechizada de ternura, tu amante madre.

No temas descender a la cuna augusta, la tierra también tiene dulzuras femeninas.

Anciano, préstame el apoyo de tu endeble pecho para que en el recline mi cabeza, dí a tu corazón que me escuche, es a él a quien hablaré.



En un reino lejano cuyos campos doraba en estío la fertilidad, a orillas del océano azul, vivió ha muchos años una princesa loca, que debió morir al nacer, y digo morir, porque su estrella era roja con el nimbo del signo fatal.

Sus padres, incrédulos, se mofaron de los augurios que, después de mirar la "Copa de oro", le predijeron los magos del reino. No hicieron caso de la trágica advertencia, y ella estaba grabada en la frente de la princesita a raiz misma del pensamiento.

La chiquilla era buena, como buena es la tempestad. Su espíritu hecho para los grandes encuentros, no tenía límite en sus audacias, en sus amores, y sus ansias.

Ignorando los reyes, sus padres, el temple de esa alma juvenil, temían que aquella espontaneidad, originara malos sentimientos y decidieron poner atajo a su desarrollo, como un torpe jardinero, que poda con filosas tijeras los brotes de una encina, porque quiere que se vuelva arbusto como las otras plantas del jardín.

Crecían los rasgos extraños en la princesita, a despecho de las crueles precauciones paternas; — tú bien sabes, anciano que no hay atajo para el reflujo del mar; por el contrario, parece que se enfurece cuando quieren cabalgar sobre sus lomos inquietos. ¿No te advertí al principio, que la princesita era buena como la tempestad? —

Crecía esbeltamente, cual los trigos de aquel reino prodigioso, y era aficionada a soñar,

Todos sabemos que los sueños son trampa de la fea realidad.

Cuando llegó a la edad del corazón, la impetuosa princesita se dispuso al amor, buscando entre los príncipes rubios, aquel que dijera mayores ternuras en su rosado oído.

Para desgracia de ella, quien sedujo su alma fué un paje aventurero, que cantaba como el pájaro azul, y que hacía tan bien la comedia del dolor, que la princesa emocionada lo amó por compasión.

Más tarde, cuando ya no había tiempo de arrepentirse, pudo ella ver el interior de ese elegante paje. Era de trapos raídos el corazón, como el de los títeres que sirven de inocente diversión. Anciano, anciano, que pena horrible experimentó la pobre princesita; la misma angustia que tendrías tú, si vieras que el viento derriba las florecillas plantadas por tu propia mano en el huerto — tu tienes un huerto, ¿verdad anciano? —

Uno a uno, cayeron los castillitos que levantó su fantasía. Ella, todavía de pié entre las ruinas, parecía una palmera joven castigada por el rayo de la ira divina.

Al verla próxima a sucumbir, todos los malos huracanes comenzaron a golpearla, el mundo desatado en sus lúgubres pasiones quizo hacerla su víctima. Con boca profana lanzaba en el bonito rostro el soplo amargo de sus impíos deseos...

Sufrió la princesita, hasta sentir en la médula de sus huesos el frío de la maldad. ¿Fué mala? No sé, no sé. Lloraba mucho, alguien le ha dicho que las almas que lloran tienen perdón de Dios.

Sí, la princesita lloraba, con los ojos fieramente fijos, y las manos crispadas sobre el corazón.

Era buena, buena, como la tempestad.

Al cabo de algunos años de rudo combate

por la vida, porque la chiquilla quedó abandonada de todos, silenciosamente triunfó en ella el bien.

Esa cabecita loca hecha para todas las bellas frivolidades, se inclinó cargada por el peso de la meditación, y sus manos, antaño mariposas traviesas, se volvieron dos monjitas blancas de esas que amortajan a los muertos anónimos.

Su boca ya no injuriaba a la suerte, la paz la había sellado con un dulce beso de resignación. Ella era buena, hija de la tierra, apasionada y calma, hija del mar, fresca y vibrante hermana de la tempestad.

Para reposar tranquila sólo aguarda el perdón de un alma buena. ¿Quiéres dárselo tú, anciano; tú que inclinas la frente hacia el seno del Señor?

Al contarte este cuento a tí, sólo a tí, he pedido que pongas como oído tu corazón.

ÍNDICE

ÍNDICE

ESTE LIBRO LO ESCRIBIÓ TERESA DE LA †
LLAMADA ENTRE LOS PROFANOS
THÉRÈSE WILMS MONTT Y SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE OTERO
& C.° EL DÍA 24
DE FEBRERO
1919.